ANTONIO ARADILLAS

¡!MALTRATADAS!¡

HISTORIAS INTIMAS DE UNA MUJER "BIEN CASADA"



Vision Libros

Colección *In Itinere*

ANTONIO ARADILLAS

¡¡Maltratadas!!

Historias íntimas de una mujer "bien casada"

Vision Libros

¡¡Maltratadas!!
Historias íntimas de una mujer “bien casada”
© Antonio Aradillas
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9983-841-0
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González
reflejandoelazul@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local
28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

PRESENTACIÓN

¡¡MALTRATADAS!!

Sí, ¡maltratadas!, con todas las interjecciones de dolor, asombro y sorpresa que gramaticalmente pueda sostener esta palabra. "¡Maltratadas!" desde la convicción denigrante de la aterradora frecuencia con que en la actualidad se vive y pronuncia en la sociedad, en la Iglesia, en la familia y en cualquier otra institución, que por derecho y razón de ser se justifican por su capacidad de servicio al pueblo, pero que a la sombra del término "maltratada" se corrompe sustantivamente.

Los "malos tratos" son hoy conceptos que desdichadamente definen a no pocos miembros de la sociedad en sus diversas esferas, aunque sea obligado advertir y destacar que en su versión femenina —"maltratadas"— es como se articulan y deletrean con asiduidad e inclemencia mayores.

De un libro al que intitulen las interjecciones de "¡Maltratadas!" se puede asegurar que apenas si precisa publicidad comercial alguna. Fatalmente, y en consonancia con los datos registrados por los medios de comunicación social, raro es y será el día en el que los noticiarios estén exentos de informa-

ciones referentes a los malos tratos, producidos y provocados, muchos de ellos con consecuencias mortales para la mujer.

Todos los malos tratos tienen su historia y no siempre esta es conocida por el resto de la sociedad. En algunos casos "accidentales", por decirlo de alguna manera, la historia pudo haber trascendido, aunque siempre envuelta en celajes de discreción o de orgullo, por mucho que se empeñen los organismos oficiales en insistir en la existencia de caminos legales para la preceptiva denuncia. No obstante, la historia veraz de los malos tratos hunde sus raíces en razones- sinrazones íntimas e inescrutables, con empeño decidido por parte de sus protagonistas por conservarlas en lo más recóndito de su propio ser, resultando difícil —imposible— cualquier análisis de la misma.

Y esta es parte importante de la tarea que me propongo afrontar al redactar este libro, del que su subtítulo "Historias íntimas de una mujer "bien casada"— es su fiel reflejo y a cuyo drama se le entreabren caminos de soluciones sobrehumanas.

* * * * *

Sin bravucones alardes impropios del tema y de las personas que lo encarnan de alguna manera, puedo asegurar que quien esto suscribe sabe bastante de mujeres y de su intimidad. Voy a explicar lo antes posible este aserto, con las prisas propias de quien quiere evitar sobresaltos ociosos o malintencionados.

Diversas circunstancias profesionales, vocacionales y humanas inclinaron mi atención y mi pluma hacia la problemática de la mujer en España, con referencia especial y marcado acento hacia la esfera de su conflictividad en el matrimonio. Y esto, precisamente en unos años en los que, al no existir en nuestro país regulación legal alguna de divorcio, las soluciones para tal conflictividad eran prácticamente nulas, a no ser que se recurriera a las fórmulas de las llamadas "anulaciones" por la Iglesia, que en la mayoría de los casos eran y son otros tantos "divorcios encubiertos". Pero no a todas las parejas en conflicto les era dado recorrer esos caminos por falta de medios económicos y hasta de capacidad de digestión de unos procedimientos que a veces habrían de estimarse como éticamente inmorales. Por lo tanto, la inexistencia de soluciones legales, religiosas, sociales y familiares... para los conflictos en el matrimonio provocaba en la mujer una mayor profundización y radicalización en su vida de intimidad, con caracteres y manifestaciones realmente insospechadas.

Con atenta dedicación hacia tal problemática, extremadamente delicada y rica, el número de mujeres que sintieron la necesidad de la comunicación, del consejo, del desahogo y hasta de la denuncia, acudiendo a mi reflexión, a

mis artículos periodísticos y a mis libros, fue y es extraordinariamente importante. Los títulos de otros tantos libros míos lo proclaman. En sus páginas se reflejan con exactitud, oportunidad, discreción y veracidad testimonios e historias de incontables mujeres –también hombres– que, después de haber recorrido todos los caminos legales y para-legales, descubrían en el sacerdote, en el escritor y en el periodista al menos la posibilidad de su revelación al público y de su denuncia. Mis libros *Proceso a los tribunales eclesiásticos*; *Matrimonios rotos*; *¿Qué hacemos con los hijos?*; *El divorcio en España*; *Divorcio 77*; *Divorcio: recta final*; *Divorcio: mercado negro y corrupción*; *Divorcio: el pueblo pregunta*; *Mujer creciente ¿pareja menguante?*; *Iglesia: último bastión del machismo*... y otros evidencian la escalofriante realidad de una vida de intimidad en la mujer, con mención especial en la esfera de su pareja, que se les oculta a la mayoría de las personas, si sólo se sitúan ante el tema –como suele acontecer– con ojos prestados, de puntillas o colocándose al borde de su dimensión real. Aun más, las características de un problema como éste son tales, que es posible que se les oculte también a las mismas mujeres, no habiendo tomado aún conciencia de él.

En líneas generales y con acuciante e incitadora responsabilidad y fidelidad, pretendo en este nuevo libro ofrecerle mi voz a tantas mujeres como acudieron a mí con fervientes deseos de que su problemática se convirtiera en grito proclamado a todos los vientos, por el que pudiera llegar a muchos y a muchas una exposición veraz de lo que ellas piensan, sienten y son.

Por tanto, este libro no es mío. Es de ellas. Es de las mujeres. Yo les presto tan sólo la voz y algún que otro adjetivo, nombre o pronombre. Que nadie diga que yo no puedo entender de estas cosas. Ni diga tampoco que no está bien que me meta y entrometa en tales y en tantas intimidades personales propias de pareja. Avanzo un poco más aún y aseguro que el hecho de ser y de ejercer de voz ajena me presta autoridad y conocimientos suficientes para dejar aquí constan-

cia cierta de que los caminos del descubrimiento de la intimidad han sido y son para mí, en muchos casos, más expeditos para ser recorridos, que les fueron y les son a los propios maridos.

Y surgió –porque tenía que surgir– este Diario. Un Diario no de una sola mujer, y menos de una mujer concreta, con nombres y con apellidos. Un Diario de mujer. De muchas. En parte, de toda una generación, aunque haya páginas que puedan suscribir las madres, igual que las hijas. Un Diario personal. Real. Extraordinariamente real. Sin literatura. Sin concesiones a la imaginación. Cargado de veracidad.

Estoy en condiciones de afirmar que en todos y en cada uno de los temas que configuran el Diario yo puedo colocar los nombres, los apellidos y las circunstancias de mujeres concretas. No de una sola, sino de muchas. El dato de que no sea una sola mujer explicará con facilidad determinados detalles en la exposición de los temas que, de no ser así, pudieran inclinar al lector hacia confusiones. Pero, eso sí, –lo repito–, todo en él es real. Estremecedoramente real. Todo el Diario es historia. Insisto en que no ha lugar en él a la fantasía.

Sí, un Diario. Pude haber escogido otro género literario, u otro estilo, para la exposición de los temas. Pero me pareció el mejor para esta ocasión. En otra, fueron las cartas. El Diario es todavía algo muy de mujer. Lo fue más en tiempos inmediatamente pasados. Pero ahora también. El Diario es muy personal –lo más personal– y, además, como el Diario intencionalmente no se escribe para los demás, sino para sí, al menos en teoría, de todas formas conserva mejor el aroma de lo personal y de lo propio. En definitiva, uno y una es su Diario. Y precisamente lo que uno es, lo que no es y lo que quisiera ser es lo que tiene de verdad interés para los demás. Interés apasionante.

Un Diario abierto. Con todas sus páginas escritas. Hasta el borde. Y con ninguna página en blanco. Pero abierto. No provocadoramente abierto. Simplemente abierto. La provocación, el reto, el desafío, la irritación o la exacerbación no

entraron nunca en mis cálculos, ni creo que, hoy por hoy y todavía, entre en los cálculos de esas mujeres a las que va dirigido este Diario, por estar yo convencido de que fueron ellas las que lo escribieron o las que pudieran haberlo escrito. Simplemente abierto. Francamente abierto. Inocentemente abierto.

Desde este Diario, la mujer no reta, ni provoca, ni agrede al hombre, ni a la sociedad, ni a la Iglesia, ni a los poderes fácticos como ahora se dice, y ni siquiera a la historia... Se limita a escribir lo que le pasó, o lo que le pasa, en la actualidad y ya está...

De una mujer. Conste que pudo haber sido el Diario de un hombre. Pero ahora es el de una mujer. Posiblemente en otra oportunidad literaria me decida a redactar éste. No se me oculta que el hombre lleva también su Diario, aunque no lo escriba con la asiduidad con que lo escribe la mujer. Pero también el hombre necesita escribir y proclamar la intimidad propia de un Diario. No tanto como la mujer. Pero lo necesita también.

De una mujer de buenas costumbres. Como todas o como casi todas. Casada. Española. De las que se dice que están "bien casadas". Sociológicamente bien casadas. Prácticamente de la mayoría de las mujeres españolas, aunque algunas últimamente alardeen de "progres", creyendo que las destinatarias de este libro son sólo las "carrozas" o las "carrozonas". Nada de eso. La mujer, por mujer, aun las "progres", son extraordinariamente conservadoras siempre y un poco más en España. Los resultados de cualquier votación electoral así lo demuestran.

Pero, aunque sea –y precisamente por eso– un Diario de una mujer, el destinatario es también el hombre. Y no sólo por motivos de curiosidad inocente, enfermiza o malsana, sino porque sencillamente la mujer es un término de la relación de pareja. El otro, es el hombre. Un Diario de hombre o de mujer no puede ser escrito, en su contenido y en sus intenciones, sólo por un hombre o una mujer. De una u otra manera, son siempre dos los autores.

Íntimo o desde la intimidad. Y, por favor, que nadie identifique intimidad con sexualidad, ni con otras cosas. Son términos y conceptos distintos, aunque sean complementarios. La sexualidad es una cosa, la genitalidad es otra y otra es la intimidad –proximidad, confianza, afecto y amor–. No digo que sea ni menos ni más, sino que es otra cosa. Pues precisamente desde la intimidad –reciprocidad creadora– es desde donde yo me dispongo a escribir este Diario –historias– de una mujer. Ni *entre*, ni *por*, ni *ante*, ni, por supuesto, *contra*, ni *sobre*, ni *tras* la intimidad. Escuetamente *desde* la intimidad.

Adelanto que a muchos y a muchas el libro les parecerá aterrador. Pesimista, negativo, desconsolador, triste, angustioso, agobiante y, a veces, patético. A muchos y a muchas les dará la impresión de que la imagen del matrimonio o de la pareja a la que aquí se hace referencia frecuente es desesperanzada y posiblemente cruel.

Reconozco y acepto que así les parezca a esas personas. Las cosas son como son y no vale ni es lícito enmascararlas de otra manera. No obstante, aceptando y respetando las opiniones de quienes intentan descalificar esa imagen, exijo desde aquí el mismo respeto, más que para las opiniones, para las vivencias de aquellas mujeres que escribieron sus experiencias matrimoniales y se escribieron a sí mismas con toda honradez y fidelidad en las páginas de este libro.

Esto quiere decir que si unos y unas creen que el matrimonio en la realidad y en la práctica de muchos es y resulta de una manera, otros y otras creen también que el matrimonio, lo mismo en la realidad que en la práctica y no en la teoría, es y resulta de otra manera bastante distinta.

Mi propósito en este libro no es ni filosofar ni adoctrinar. Es simplemente el de reflejar la realidad que, aunque no sea total, al menos sí que es y existe en el matrimonio. El testimonio de las mujeres que han inspirado, escrito y protagonizado estas historias es algo tremendamente respetable, serio y sagrado. Las descalificaciones impacientes se vuelven contra quienes las profieren.

Siendo veraces y honestos, lo mínimo que se nos exige a unos y a otros es respetar las opiniones y, sobre todo, las vivencias que fueron aportadas con tanta historia, con tanto drama, con tantas lágrimas, con tanto silencio y, normalmente, con tanto fingimiento. Patentizo desde aquí que al menos el tiempo del silencio y de los fingimientos está ya a punto de pasar para la mujer, aunque el de las lágrimas y el de los dramas siga todavía tan operante y activo.

* * * * *

UNAS RAZONES

Explico el porqué de este mi Diario. Me decidí a escribirlo, entre otras, por las siguientes razones: porque necesito dedicarme a mí misma algún tiempo. De esto no estoy dispuesta a prescindir por nada del mundo. Porque me es indispensable reflexionar sobre mí y mis cosas y esto se hace mejor con la pluma o el ordenador. Porque lo vivido y escrito me ayuda a recordar más y mejor y el recuerdo es vida para la mujer, al ser el aroma de las personas y de las cosas. Porque, en ocasiones, se requiere disponer de la prueba escrita de lo que me han dicho los demás, con el fin de salvaguardar mi equilibrio y mi identidad personal, si alguna vez palabras y comportamiento contradicen lo manifestado en otros momentos. Reconozco que la relectura de mi Diario me libró de desconcertantes inseguridades, ubicando los desacuerdos, las discordancias y las paradojas donde de verdad les corresponden.

El Diario enriquece mi personalidad. Es un reto cotidiano para mis pensamientos y mis sentimientos. Es como una catarsis. Es un encuentro conmigo misma, en el que se me obliga además a reflexionar y a juzgarme. Es una revisión de lo hecho, de lo no hecho y de sus porqués. Es, por lo mismo, una revisión de lo que quienes se relacionan conmigo hicieron, no hicieron y de sus correspondientes porqués. Con el Diario, adquiero una sensibilidad mayor. Me hace vivir como en carne viva siempre. En estado de alerta. Vigilante. Como un centinela. Cuidadosamente despierta.

Es curioso, pero el Diario no me proporciona ninguna sensación de vejez o decrepitud. Me da la impresión de que aprisiono el tiempo en sus páginas y no lo dejo pasar. Lo torno siempre presente. Vivo y palpitante. Con sus fechas y sus datos. Con su propio valor. Con su color. No tienen razón quienes aseguran que no escriben el Diario porque experimentan en él la sensación de vejez y de acabamiento, al desandar los caminos de anteriores acontecimientos reflejados en las hojas que marchita el tiempo.

El Diario es mi espejo. Mirar y mirarse en él la mujer, es tanto o más importante como hacerlo en los otros espejos, en los de cristal. A la mujer no le es dado prescindir del espejo. Es su otro *yo*. Es su realidad. Una mujer sin espejo es una mujer sin imagen y sin representación. No pasa de ser un simulacro. El Diario-espejo cumple a la perfección el cometido de escrudriñamiento, del análisis y de la crítica, a la que ha de someterse cualquier persona consciente.

Y, por si esto fuera poco, el Diario es aposento al que me retiro a dialogar con la soledad y el silencio, sin sensación alguna de destierro personal o ajeno. ¿No crees que son válidas estas razones que aquí esgrimo para justificar mi Diario abierto de una mujer, reflexionado y escrito desde la intimidad más profunda, penetrante y liberadora?

¿SEÑORA "DE"?

Con motivo de una fiesta cualquiera en la que participé ayer tarde, se prodigaron las presentaciones de unos y otros con las consabidas fórmulas de "*señora de*"...

"Señora de", "viuda de", "amante de", "compañera de", "ex-mujer de"... Se trata de una partícula *–de–* contra la que hay que desatar cuanto antes una encarnizada lucha. Con ella se pretende expresar la relación de propiedad o pertenencia de la mujer para con el hombre, resultando impensable la correlativa de "señor de", "viudo de", "amante de", "ex-marido de", "compañero de"... Hay que reconocer que cuando pasen muy pocos años, posiblemente en la próxima generación, el uso de esta partícula "de" parecerá bochornoso e inimaginable, sobre todo con el contenido que se le confirió.

Y, por favor, que nadie me diga que el amor torna comunes a las personas y las cosas y que el pensamiento que suscita la partícula *de* se proyecta enaltecedoramente en la alegría de la entrega mutua y en la complacencia de sentirse parte del otro e integrado en él... Que nadie diga que la gran satisfacción del que ama está precisamente en salir

de sí y en ser y en permanecer en el otro, con la ventajosa seguridad de que la mujer ama más, por lo que adelantará siempre al hombre en el empeño y en el signo de su donación. En el caso de la partícula *de*, esto no es verdad, porque su intención y su empleo por parte del hombre incluye y presupone los conceptos de dominio absoluto, del enseñoreamiento, del yugo, de la coyunda y hasta del derecho de pernada, si fuera menester. Esta partícula no es aplicable a los seres racionales, sino a las cosas, ya que éstas, y no aquéllas, son los que pueden convertirse en objetos de propiedad.

Yo no quiero ser ni ejercer de "*señora de*", sin que pretenda manifestar con esto desafecto o desamor alguno. Yo quiero ser *yo* y pertenecerme a mí misma, entre otras razones, porque únicamente siendo *yo* me podré entregar a los otros. Si no soy *yo*, o si sólo soy un apéndice de otro o un objeto de su propiedad, es imposible satisfacer mi necesidad de comunicación y, a la vez, de enjugarle tal necesidad a los otros.

No sé si te sentirás con fuerzas para comprometerte en la lucha contra la partícula "*de*". Mi decisión la tengo responsablemente tomada. Nada de "señora de", ni de "viuda de", ni de "ex-esposa de", ni de "amante de"... Reivindico mi nombre y mis apellidos, que son los que me identifican ante mí misma y ante los demás, comenzando, lógicamente, por mi propio esposo.

VIOLACIÓN LEGITIMADA

No me suele ocurrir al menos con la frecuencia con que les ocurre a otras amigas, según se desprende de algunas conversaciones que mantenemos entre nosotras, aún con la discreción más exquisita. Pero el hecho es que precisamente anoche mi marido pretendió violarme... Sí, así como suena: violarme. ¿Violarme estando casada yo con él y siendo yo su legítima y canónica esposa? Sí, violarme. No encuen-

tro otro término para expresar con exactitud y con el diccionario la realidad de su intento.

Resulta que, por los motivos que sean, llevábamos unos días prácticamente sin diálogo alguno y, a la vuelta de la tertulia que comparte con un grupo de amigos, no sé si por las conversaciones tenidas con ellos, porque viera a alguna chica más joven y atractiva que yo, por eso que dicen "necesidad biológica", porque pretendiera "sentar sus reales" y ejercer así de varón dominador enseñoreándose de mí, porque pensó que estaba en su pleno derecho..., lo cierto es que, sin más méritos que su fuerza, se me acercó en la cama y pretendió tomar posesión de mi cuerpo. Reconozco que en alguna que otra ocasión le facilité su intento, y a lo que más llegó fue a eso, a mi cuerpo, pero no a mi alma, a pesar de que tuve yo que pechar después con el tremendo desconsuelo interior de comprobar que ni siquiera se había percatado de ello...

Pero anoche me negué a constituirme en sujeto y objeto de violación matrimonial. ¿Que cómo lo conseguí? También las mujeres somos fuertes cuando nos lo proponemos de verdad y en serio, aunque tengo que reconocer que mis fuerzas hubieran servido de poco, a no ser porque le amenacé con gritar, dispuesta a que los hijos se enteraran de lo que pretendía su padre en aquellos momentos. Ante esta amenaza desistió de su pretensión.

Y es que me hubiera resultado superior a mis fuerzas. Experimentaba como un bloqueo interior que le impedía a mi cuerpo cualquier clase de estímulos y de movimientos. Me sentía un trozo de piedra. Un leño. Rígido e inerte. Y en esta ocasión no consentí ser violada. Lo proclamo con orgullo y con dignidad. De idéntica forma a como lo proclamaría si el presunto violador hubiera sido un hombre cualquiera y en esas circunstancias que refieren los periódicos.

Si cualquier violación frustra, maltrata, desprestigia, agravia y degrada, la matrimonial alcanza estos mismos efectos, pero más hirientemente.

CONDUCTORA

El tiempo de la consecución de mi permiso de conducir coincidió con el de mi esposo. Lo conseguí siendo aún su novia. Y advierto que mi historial automovilístico como conductora es, más o menos, el mismo que el suyo. No hay razón seria alguna para que sea mejor ni peor. La mujer conduce como el hombre, en igualdad de condiciones y así lo proclaman con toda justicia las estadísticas en todos los países. Algún que otro roce con otro vehículo, con los partes, cargos y recargos para las Compañías de Seguro y pare usted de contar.

Pues, a pesar de todo, desde que me casé, en rarísimas ocasiones he cogido el coche... Y, cuando lo cojo, es precisamente cuando no va en él mi marido. No sé si es porque no se fía de mí, porque sociológicamente no está todavía bien visto que sean las mujeres quienes conduzcan, yendo ellos en el coche, porque no me considera segura, o porque en el fondo le agradaría que yo no lo fuera, pero el caso es que casi que se me va a olvidar conducir... Y lo más sugerente es que, cuando hay ocasión de hacer alguna referencia al tema, muy galante y hasta seductoramente manifiesta que su actitud responde al amor que me tiene, viéndose obligado –tal y como está de mal la circulación– a ahorrarse trabajos, cuidados y hasta sobresaltos.

No sé si lo dice convencido o no. No sé si lo dice por sí o por los demás. Porque a veces ocurre que las presiones sociales y de los amigos son tantas, que no dejan actuar con libertad. Bien es verdad que la culpa es mía, porque me dejé convencer por sus razonamientos al principio de casados. Ahora es un poco tarde para intentar convencerle yo a él de todo lo contrario. Cuando lo intento, le molesta y, por tanto, se crean tensiones conmigo y mis hijos. Creo que, al igual que la mayoría de los hombres, está convencido de que nadie lo hace igual o mejor que él... ¡Y hay que ver, a veces, cómo lo hace! ¡Hay que ver cómo se pone cuando le corrijo alguna maniobra! ¡Hay que oír las cosas que me dice cuando excepcionalmente voy yo al volante...!

Así estamos y así convivimos al ir en el coche. Comprendo que, tal y como están familiarmente las cosas, no me va a ser fácil ponerme de nuevo al volante. Es un derecho que considero irremediablemente perdido, a pesar de la constante vigencia de mi carné. Por mi culpa. Y ahora hasta añoro la posibilidad liberadora de darme un morrón, porque ello supondría que mi libertad me había permitido correr ese riesgo. Vivir conducida siempre, y sin poder conducir, se me hace ya superior a mis fuerzas.

LA FUERZA DEL HOMBRE

El hombre, para serlo y ejercer como tal, necesita de estímulos más o menos fuertes. Y no me refiero únicamente a los mentales, sociológicos, gremiales, políticos, familiares o económicos. Me refiero también a aquellos otros que, como el alcohol, lo mantienen en la debida tensión, con capacidad de entregarse a su quehacer o trabajo.

El hombre –también mi marido– ingiere diariamente una cantidad de alcohol tal que roza o supera con creces los límites de lo permitido para su organismo y su funcionamiento correcto. Bajo las fórmulas más diversas, extranjerizantes y netamente españolas, el hombre se pasa una buena parte del día ingiriendo alcohol. Apenas si puede tomar una decisión o iniciar o completar un trabajo sin que los vapores del alcohol hayan encendido su mente. El alcohol es para él acicate, soborno y hasta persuasión. El alcohol firma contratos, escribe libros y artículos periodísticos, concibe y realiza obras de arte, toma decisiones políticas o económicas, planifica, dirige empresas, crea y hasta procrea. Sí, procrea. No pocos hijos lo son del alcohol. El alcohol los trajo a la vida, sin más responsabilidad que la estrictamente mecánica y, por tanto, engendradora y no paternal. Si los hijos pudieran revelar sus verdaderos orígenes, tendrían que hacer referencia frecuente al alcohol ingerido por sus progenitores, descalificados entonces para convocarlos a la vida *con* y *por* su amor.

Si de la noche a la mañana se promulgara una ley que prohibiera terminantemente el consumo del alcohol, sin posibilidad alguna de escamotearla, nos encontraríamos con el bochornoso y terrible espectáculo de hombres agarrotados, indecisos, impasibles, inútiles, torpes, débiles y, a veces, impotentes. La abstención del alcohol casi que le pondría el punto final a la actividad de los hombres, al menos, de momento. La carencia del alcohol limitaría el afán y la laboriosidad de los hombres peligrosamente.

Y por eso pasa lo que pasa. Pasa, por ejemplo, que el hombre es su alcohol. La cantidad y la calidad del alcohol ingerido son argumentos concluyentes en su comportamiento, de modo especial con la mujer. Y esto explica no pocas cosas, entre otras, que también ella se encuentre en la actualidad con índices de alcoholismo similares a los suyos. Por mimetismo, por pura defensa personal y, a veces, hasta por amor mal entendido o digerido, la mujer participa con su esposo en el diálogo que inspira y mantiene el alcohol.

Y con estas consideraciones conscientemente rehuí reseñar la pena tan grande que experimenté ayer al comprobar que si el alcohol era lo que le daba seguridad y vigor a mi marido, su abstención lo convertía asimismo en una piltrafa de hombre.

SEXUALMENTE EUROPEO

No quisiera tener que escribir estas impresiones personales correspondientes al día de hoy. Me molesta. Es esta una ocasión en la que lamento el compromiso que para mí significa mi Diario. Pero, como éste es también un reto, no las rehuyo. De otro modo, sería infiel a mí misma y a las demás.

Y afronto directamente el tema. Resulta que como casi todos los hombres son –y alardean de ser– tan sexuales en la dimensión más decidida del término, como no quieren

ahorrarse experiencia alguna y como hasta les complace comentarlas y magnificarlas entre los amigos, les ha dado a muchos por ponerse al corriente de determinadas prácticas íntimas con la pareja, que se efectúan ya con normalidad en otros países. Las fuentes de información para ellos son ciertas publicaciones que adquieren con cierto complejo de delincuencia y que se pasan después unos a otros con picardía adolescente. Y, entre esas prácticas, se están poniendo de moda recientemente la celebración del encuentro matrimonial por caminos distintos al que la naturaleza determinó para ello, afrontando la sorpresa de descubrir cualquiera de los orificios existentes en el cuerpo humano.

Yo no digo que esto sea indecente, inmoral, antinatural, sucio o perverso. El amor tiene muchas y elocuentes palabras y, para el entendimiento correcto de las mismas, no se las puede arrancar de un contexto en el que lo expresan todo o casi todo las intenciones y los gestos. Yo no me voy a escandalizar, a mis años, por determinadas manifestaciones de amor en la intimidad, ni voy a rebelarme en contra de ellas. Pero, eso sí, quiero gritar mi repulsa a que con ello se intente satisfacer una curiosidad, correr en solitario una aventura esclavizando para ello a una persona, seguir los postulados de una moda y hasta ejercer y aparecer ante los demás como comparsa de la internacional sexual. Me niego a prestar mi cuerpo a unas experiencias que, por el hecho de serlo y estar así programadas, deshonran y ultrajan. Y es que el amor no programa nada y, en todo caso, la programación tendría que ser conjunta, tal y como obra que es de una pareja.

Comprendo que algunas fundamenten el rechazo visceral de estas pruebas en motivos psicológicos, biológicos, sanitarios, ético-morales y hasta de buenas costumbres y de educación. Lo comprendo. Para mí, no obstante, los verdaderos motivos se encuentran en el hecho de que, lo que el hombre pretende con ellas es simplemente satisfacer una curiosidad, seguir una moda y disponer de argumentos para alardear ante sus amigos de ser ya sexualmente más que europeo, sueco o norteamericano.